ESCRITORES DE ASIA MENOR Y TRACIA

**LOS TRES GRANDES CAPADOCIOS**

Fueron hijos intelectuales y morales del gran apóstol de la región san Gregorio Taumaturgo, a través de santa Macrinia con respecto a sus nietos Basilio el Grande y a su hermano Gregorio de Nisa, pues aquella santa mujer los modeló en su niñez y, a través de santa Macrinia la joven, hermana mayor de aquéllos, sobre los cuales prosiguió la labor comenzada por la abuela.

De lo que fue Basilio para los que le conocieron lo dice el calificativo de "Grande" que le dieron sus contemporáneos. Nació en Cesárea de Capadocia el año 330 y fueron sus padres Basilio y Enmelia, familia rica, instruida y profundamente cristiana, incluso levítica, pues dio a la Iglesia tres obispos y una virgen consagrada a Dios. Basilio, el primogénito, fue iniciado en las ciencias por su padre, retórico muy estimado en Cesárea del Ponto, donde la familia vivía a la sazón. Luego fue enviado a Cesárea de Capadocia, su tierra natal, donde prosiguió sus estudios y conoció a su paisano Gregorio, más tarde obispo de Nacianzo. De Cesárea pasó a Constantinopla y de ésta a Atenas, donde estrechó su amistad con Gregorio, que más tarde recordaba con fruición y alegría la camaradería en la ciudad griega, universitaria por excelencia. Allí escucharon las lecciones de los retóricos, de los filósofos, de los astrónomos, matemáticos y médicos, especialmente de Himerio y Proeresio. Todavía Basilio era sólo cristiano de corazón, pues según la costumbre generalizada en aquella época no recibió las aguas bautismales hasta el año 356, ya de regreso en Cesárea una vez completada su formación científica, "las enseñanzas de una ciencia que ha sido declarada vana por Dios" 1. Para ello renunció a la cátedra de retórica que desempeñaba en su ciudad natal y rechazó las proposiciones que le hiciera la ciudad de Neocesárea capital del Ponto. Anima-do por un espíritu ascético, se dedicó entonces a recorrer los monasterios de Egipto, Siria y Palestina, regresando a su patria dispuesto a implantar en ella comunidades análogas a las que había visitado, que ya tenían precedentes en Asia menor gracias a Eustato de Sebaste. Basilio se instaló en las orillas del río Iris, en el fondo de una cañada cuya belleza y encantos naturales describía en carta al amigo Gregorio (Epist. 14). Éste vino a pasar una temporada de dos años junto a Basilio (358-59) y durante ella los dos amigos compusieron la Filocalia, colección de trozos escogidos de las obras de Orígenes, de quien eran discípulos intelectuales, y redactaron unas reglas para la dirección de las comunidades de monjes.

En el año 360 asistió al Concilio de Constantinopla que, presidido por Acacio, adoptó la fórmulo semiarriana; pero Basilio no intervino en el debate, ya a causa de su posición secundaria en la jerarquía, ya porque él era niceno y su intervención habría sido ineficaz en aquella asamblea donde predominaban los arrianos y semiarrianos. Dos años después ocupó la sede de Cesárea de Capadocia un tal Eusebio, hombre poco preparado para aquella dignidad que pidió el concurso precioso de Basilio, a quien ordenó sacerdote. Pero hubo disensiones entre ellos y Basilio se retiró nuevamente a las orillas del Iris. Gracias a la mediación de Gregorio Nacianceno la paz volvió a reinar entre ellos para siempre. Muerto Eusebio en el año 370, Basilio fue elegido para sucederle, no sin alguna resistencia que fue superada con la colaboración del obispo de Nacianzo, Gregorio el Viejo, padre del amigo de Basilio. Éste tenía entonces cuarenta años, su salud era algo precaria pero compensada por sus cualidades morales y por su formación intelectual. La presencia de Basilio en la metrópolis de Capadocia fue valiosísima para el mantenimiento de la ortodoxia en la región, puesta en gran peligro por las acometidas del emperador Valente que favorecía al arrianismo y deseaba a toda costa hacerlo predominar allí. El choque entre Va-lente y Basilio fue violento, pero fracasaron los planes imperiales, fracaso que Valente quiso vengar con la colaboración del prefecto Modesto en el invierno del 371. Los dos se presentaron en Cesárea, mas no se atrevieron con aquel hombre enérgico y prudente, algo bárbaro como sus paisanos. Como Modesto se lamentase a Basilio de que nadie hasta entonces había tenido tanta energía de lenguaje con él, contestóle el obispo: "Es por que tú, sin duda, no has encontrado todavía a un obispo".

Sin embargo, Valente tomó una medida desagradable para Basilio, pues disgregó de la región de Capadocia una porción del oeste y del sur, a la que llamó Segunda Capadocia y le asignó por capital la importante ciudad de Tiana, cuyo obispo Antimo se prestó a hacer el juego al emperador en perjuicio de los intereses de la ortodoxia y de la economía de la Iglesia cesariana. Hubo algunos rozamientos y Basilio creó nuevos obispados en la región limítrofe a la nueva Capadocia. Para ocupar una de ellas, la de Sasima, llamó Basilio a su antiguo amigo Gregorio, que, contra su voluntad, se dejó poner el título pero nunca tomó posesión. Más amarga fue la ruptura de Basilio con Eustato de Sebaste, fundador de la vida monástica en Armenia y en el Ponto, y del cual Basilio había sido admirador. Pero Eustato se enroló entre los semiarrianos y además acusó al obispo de Cesárea de haber tenido correspondencia epistolar con Apolinar, hecho cierto que nada decía contra la ortodoxia de Basilio, que aseguraba "no haber leído los escritos heterodoxos" del fundador del apolinarismo.

Después de la muerte de Atanasio, fue Basilio el representante de la doctrina de Nicea en el Oriente y gracias a él supo mantenerla en me-dio de aquella confusión teológica provocada por los arrianos y sus hijuelas, con la connivencia de los emperadores. La actividad desplegada por Basilio sólo es comparable a la de Atanasio y podemos conocerla en su abundante correspondencia. Su menguada salud no le permitió asistir a la victoria completa de la causa nicena, pero los otros dos grandes capadocios asistieron a ella como protagonistas.

No se consagró Basilio solamente a las tareas episcopales y al afianzamiento de la ortodoxia. Cerca de la antigua Cesárea, en el emplazamiento que hoy ocupa la moderna Cesárea, edificó Basilio "una nueva ciudad" llamada por el pueblo la Basiliada, casa de oración y de ascetismo pero además refugio para los enfermos y los necesitados, para los extranjeros que iban de paso, a los que se les suministraba medicinas, enfermeros y hasta cabalgaduras con sus conductores correspondientes, Había allí escuelas de artes y oficios, "tan necesarios a la vida, . . .para hacerla más decente, y muchas otras cosas que contribuyen a embellecer el lugar, que son gloriosas y honrosas para el que nos gobierna" 2.

Esta fue a grandes rasgos la vida de aquel hombre enfermo del hígado que entregó su vida a Dios el 19 de enero del 379. Sus contemporáneos, ya lo hemos indicado, le llamaron "el Grande" y recogieron el fruto de la semilla que él había depositado en el surco. Murió con la paz y la tranquilidad de los santos, pero no sin profunda amargura, al hacer el balance de la inutilidad "aparente" de sus esfuerzos, al pensar que su intervención personal no había logrado apaciguar el cisma de Antioquía, que Roma no creyó en la sinceridad de sus aliados y que el papa Dámaso no lo comprendió. Los griegos y los latinos le hicieron muy temprano justicia aceptando el título de "grande" que le dio el pueblo e incluyéndole en el Menologio y en el Martirologio. Patrólogos e historiadores de todos los tiempos se han hecho lenguas de él, entre ellos, los otros dos grandes capadocios, además de Anfiloquio y Efrén de Siria.

La obra literaria de Basilio, no obstante sus muchas ocupaciones, es considerable. Focio lo coloca entre los escritores de primer rango por el orden y la nitidez de los pensamientos, por la pureza y la propiedad del lenguaje, por la elegancia y la naturalidad; es, en una palabra, el escritor clásico 3. La crítica moderna admira en él el equilibrio de las dotes variadas de especulación, de erudición, de retórica y de gobierno. Su estilo es cortado, construido con miembros de frase paralelos y antitéticos, y revelado por los efectos de sonoridad o de ritmo que se remonta a Gorgias. Era defecto del gusto de la época. El pensamiento es recto, las emociones sinceras y no pierde nunca de vista el fin que se propone. A veces emplea períodos largos sin dejar de ser vigorosos. Si usa imágenes como todos los orientales, no abusa de ellas, como abusaba su amigo Gregorio.

Los escritos del metropolitano de Cesárea pueden clasificarse en cuatro grupos: dogmáticos, discursos y homilías, ascéticos y litúrgicos y cartas.

El tratado Contra Eunomio es una refutación de la Apología de ese arriano extremista, natural de Capadocia (Basilio lo llama "gálata", no sabemos si por error o para echar de su patria la deshonra de esa paternidad), más aristotélico que platónico, que con gran frialdad lógica defiende su sistema acerca de la esencia de Dios, que consiste en ser inengendrado. La obra de Basilio consta de cinco libros, pero sólo los tres primeros son auténticos. En el libro primero recurre a las Escrituras para probar que no consiste la esencia divina en la innascibilidad y que Dios no puede ser conocido y definido exactamente por la mente humana. En los libros 2° y 39 demuestra respectivamente la consubstancialidad del Hijo y del Espíritu Santo con respecto al Padre. Se supone compuesta esta obra alrededor del año 364.

Diez años después dio Basilio a luz el tratado Sobre el Espíritu Santo dedicado a Anfiloquio y se propone refutar la tesis de los pneumatómacos o macedonianos que negaban la divinidad de la tercera persona de la Trinidad, nombre cabal con que se comenzó a designar por aquellos tiempos, por iniciativa de Teófilo de Antioquía, a la trilogía del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Basilio, que se proponía atraer a los adversarios, se conduce con mucha cautela en el empleo de frases tajantes, pero sin hacer ninguna concesión.

Discursos y homilías.

Bajo el nombre de Basilio circulan multitud de discursos y homilías, no todos auténticos. Lo son nueve homilías Sobre el Hexameron, explicación literal de las obras de los seis primeros días de la creación (falta la del sextodía). La edición benedictina admite la autenticidad de 19 homilías Sobre los salmos, pero Garnier sólo admite trece. Son de contenido dogmático y moral, y la exégesis es más bien antioquena (literal) que alejandrina (alegórica). No faltan ideas neoplatónicas ni tampoco algunos conocimientos de física y de historia natural, principalmente en las homilías sobre los días de la creación. Con el título de Homilías diversas publican los benedictinos 24 homilías, algunas de ellas sospechosas. En el grupo hay también unas cuantas que no son homilías, sino panegíricos, y un tratado, la señalada con el núm. 22. Dejando a un lado los panegíricos y esta última, las restantes tratan de acción de gracia, de la mártir Julita, de la humildad, del bautismo, del desprendimiento del mundo contra las riquezas, sobre la caridad con el prójimo necesitado, sobre los deberes sociales, sobre los vicios individuales y sociales, sobre la divinidad, la consubstancialidad del Verbo, etc. Los panegíricos son en honor de Barlaam, de Gordios, de los Cuarenta Mártires, del pastor Mamas. El Discurso a los jóvenes sobre la manera de sacar provecho de las letras helénicas ha sido ya comentado por nosotros en los capítulos 2 y 6.

Basilio no fue el primer introductor de la vida monástica en Asia Menor, sino Eustato que hizo fundaciones por primera vez en Armenia y Paflagonia. No obstante, puede considerársele como verdadero legislador y maestro de los monjes en Oriente, mucho más si tenemos en cuenta que en los documentos basilianos descansa la única orden religiosa de Oriente (los basilios) y la influencia que por medio de san Benito ha ejercido en Occidente. Que Basilio escribió sobre ascética es cosa fuera de duda. Lo dice su mismo amigo Gregorio en la Oración fúnebre, su admirador Rufino que tradujo algunos escritos y san Jerónimo; lo confirman Sozomeno (Hist. Ecles., nlr, 14) y Focio (Bibl., cod. 191). Escribió, en efecto, Sobre el juicio de Dios y Sobre la fe. Los Morales contienen en ochenta reglas los deberes de los cristianos en general. Hay también unas Reglas tratadas extensamente, en forma de preguntas y respuestas, divididas en 54 capítulos. Se suponen compuestas hacia el año 358. Posteriormente escribió unas 313 Reglas cortas también en preguntas y respuestas, donde se resuelven principalmente casos de conciencia. Un Esbozo previo de la vida ascética, donde el monje es representado como soldado de Cristo, es de autenticidad sospechosa. Lo mismo hemos de decir acerca del Discurso ascético con exhortación a renunciar al mundo y a adquirir la perfección espiritual, serie de sentencias severas sobre el dominio - de sí mismo, sobre la celda, la castidad y contra la gula.

En cuanto a la liturgia de san Basilio, hay un tratado que lleva por título Liturgia del santo padre Basilio el Grande, más antigua que la de san Juan Crisóstomo y que la de los presantificados. Es difícil de-mostrar la paternidad del metropolitano de Cesárea sobre ella. Se cree una reproducción de la liturgia siria y estuvo en usa general en Constantinopla. Hoy sólo se emplea en los domingos de cuaresma, el jueves santo, en sábado santo y en algunas otras solemnidades. El texto actual está atestiguado desde comienzos del siglo vi bajo el nombre de Basilio en el Concilio de Trullo (39 de Constantinopla y 6º de los ecuménicos).

Ya nos es conocida la familia de Gregorio Niseno, nacido hacia el año 330, tercer hijo de Basilio el viejo y de la buena mujer Enmelia (Emilia). Ignoramos los motivos por los cuales dice el Niseno que amaba a su hermano Basilio y se complacía en llamarle "su padre" o "su maestro". Tal vez, cuando Gregorio llegó a la edad de recibir instrucción, había muerto ya su padre. Indeciso en su juventud, fue ordenado de lector, pero luego se dejó deslumbrar por el esplendor mundano y se hizo profesor de retórica. Quizá fue entonces cuando contrajo matrimonio con Teosobia, pues él mismo dice tener envidia a los que habían conservado su virginidad, "de la que se hallaba separado por una especie de fosa" 4. La cuestión, sin embargo, no es muy clara; pero sí es clarísimo como el agua que se lució en su cargo de profesor, pues Suidas le califica de "elocuentísimo" y refiere Gottlieb-Cristope Harles que los antiguos le tuvieron por "igual a Basilio en doctrina, ingenio, letras y no inferior a él en erudición, amenidad de estilo, agudeza y autoridad científica" 5. De todos modos, su mujer debió morir pronto, porque vemos a Gregorio, a instancia de su homónimo el de Nacianzo, renunciar a la cátedra, retirarse a la soledad en las orillas del Iris y recibir finalmente el sacerdocio e incluso la consagración episcopal el año 371, para regir la diócesis de Nisa. Aquí le esperaban no pocas pesadumbres de parte de los arrianos, pues Gregorio era un convencido niceno, hombre de fe y de virtuosas costumbres.

El año 375 fue depuesto por un sínodo de obispos arrianos congregado por Demóstenes, gobernador del Ponto, y anduvo errante "llevado y traído como un leño por las olas". Pero muerto Valente (año 378), regresó a su diócesis donde fue recibido como un triunfador. Al año siguiente tomó parte en un sínodo celebrado en Antioquía contra el cisma de Melecio, y en el 381 asistió al ecuménico de Constantinopla donde descolló como teólogo, al extremo de que la comunión con el Niseno llegó a ser tenida como señal de ortodoxia. De nuevo le vemos en Constantinopla tomando parte en un sínodo el año 394 para resolver una discusión entre los obispos de Arabia. Después nada vuelve a saberse de él. Debió morir alrededor de aquella fecha. El Martirologio Roma-no celebra su fiesta el 9 de marzo y lo califica de "ilustre en santidad y doctrina".

Como pensador, Gregorio es muy inferior a su hermano Basilio y a Atanasio, a pesar de la síntesis maravillosa que vemos en su Discurso Catequístico, y a pesar de ser un especulativo y de la amplitud de sus conocimientos. Tal vez esa amplitud fue excesiva para su genio con mengua de la profundidad, del vigor y de la claridad. Como escritor es difuso y lánguido y sus discursos oratorios dan muestras abundantes de ser un preceptista. "Gregorio no poseía, para atenuar las discordancias inevitables y vivificar con un soplo nuevo el arte de los sofistas, el espíritu mesurado de Basilio, y la rica y flexible imaginación de Gregorio Nacianceno" 6. Como teólogo, Gregorio es un exponente inigualable de la fusión entre el pensamiento cristiano y el pensamiento hele-no por aquella fecha. Sus obras teológicas están saturadas de platonismo. Deja a un lado los puntos contradictorios para sólo fijarse en las concordancias. El deseo de lograr la reconciliación le engañaba. Pero, salvo en algunas doctrinas origenistas como la apocatástasis, Gregorio de Nisa es absolutamente ortodoxo y, juntamente con el Nacianceno, el representante de la ortodoxia y de la doctrina de Nicea en el Oriente cristiano después de la muerte de Basilio. Para Batiffol éste representa la política eclesiástica de Capadocia.

Como Gregorio Niseno cultivó todos los géneros de la literatura cristiana, clasificaremos sus escritos en varios grupos; exegéticos y homiléticos, dogmáticos y polémicos, ascéticos, oratorios y epistolares.

El Niseno sigue en la exégesis bíblica el sentido literal en las obras teológicas; en las de edificación prefiere la alegoría con más exageración que su hermano y que el Nacianceno. Para llenar la laguna dejada por Basilio en su Hexameron, donde ya hemos dicho falta lo relativo al sexto día de la creación, el Niceno compuso después de la muerte de aquél un tratado con el título De hominis opificio [Sobre la creación del hombre]. Es una explicación del pasaje del Génesis, 1, 26. También fue compuesta en la misma fecha aproximada que el tratado anterior, una Apología en favor del Hexameron, dedicada a su hermano Pedro, obispo de Se-baste, que le había consultado acerca de algunos puntos obscuros y contradicciones aparentes. Gran admirador de Moisés, como lo había sido Basilio, escribió Gregorio una Vida de Moisés el legislador con el sub-título Sobre la perfección según la virtud. La obra es del año 390 y hace la apología de Moisés, "el más grande de los servidores de Dios". La obra es eminentemente alegórica y está muy influenciada por las ideas neoplatónicas de Plotino, admirador de Moisés, "ideal del sobe-rano y del legislador". Gregorio paga también tributo en este escrito a ideas estoicas y neopitagóricas. En el tratado Sobre la Pitonisa sigue contra Orígenes la tesis de Metodio y de Eustato de Antioquía, según la cual no fue un profeta quien se mostró al rey Saúl sino un demonio, cuando el rey fue a consultar a la pitonisa de Endor antes de la batalla en los campos de Gelboé, que relata el libro 1º de los Reyes, xxviii-xxxi. El autor exageró la alegoría en el tratado Sobre los títulos de los salmos. Clasifica los salmos en cinco grupos correspondientes a cinco grados de la perfección cristiana. Cada título del salmo contiene una instrucción moral.

De san Gregorio de Nisa se conservan además: una homilía sobre el título del salmo vi, a la que puso por título Sobre la octava; ocho homilías Sobre el Eclesiástico; quince Sobre el Cantar de los Cantares; cinco Sobre la oración dominical (el padrenuestro) ; ocho Sobre las bienaventuranzas; una Sobre la 1a a los Corintios, vi, 18 ; una explica-ción sobre la misma epístola contra los arrianos.

Tratados dogmáticos y polémicos - Merece ocupar el primer lugar entre ellos, el tratado Contra Eunomio, escrito después de la muerte de Basilio. Gregorio se hace depositario y defensor del pensamiento de su hermano contra los arrianos. Ya sabemos que Basilio había refutado la Apología de Eunomio, arriano puro y extremista que respondió al ataque del obispo de Cesárea con una Apología de la Apología. Pues bien, a esta segunda obra de Eunomio es a la que replica Gregorio en su Contra Eunomio, que tiene el mérito de darnos a conocer el fondo y la forma del escrito del doctor arriano. El escrito de Gregorio comprende 12 ó 13 libros, según las ediciones, la más notable de las cuales es la de V. Jaeger. Parece interpolado el libro segundo, que es el examen crítico de una profesión de fe presentada por Eunomio al emperador Teodosio (año 383).

Si Gregorio impugnó al arrianismo en su calidad de representante y heredero de la doctrina ortodoxa de Basilio y del Concilio de Nicea, hubo de adoptar la misma posición contra el apolinarismo, del cual nos ocuparemos más adelante. Lo hizo en dos tratados: Contra Apolinar a Teófilo obispo alejandrino, escrito después del 385; y Antirrético contra Apolinar. Esta segunda obra, escrita en la misma fecha - que la anterior, es la más importante que se ha escrito contra el apolinarismo que, queriendo resolver el problema cristológico, hace un Cristo que no es Dios, porque Dios es simple, ni tampoco hombre por faltarle el alma.

Contra los macedonianos o pneumatómacos, en tan estrecho contacto con los arrianos, y arrianos muchos de ellos, escribió un tratado bastante mediocre pero probablemente auténtico: Sermo de Spiritu Sancto adversos peumamatómacos macedonianos. Se trata más bien de una homilía que tiene mucha semejanza con otros escritos de Gregorio'.

Sobre la Trinidad hay cuatro escritos breves y en todos ellos se observa la preocupación de Gregorio por demostrar la unidad de Dios, a pesar de ser tres las divinas personas, y a pesar de algunos textos que aparentemente parecen decir lo contrario a las personas simples. Esos trataditos son: A Eustatio sobre la Trinidad; A Ablabio que no hay tres dioses; Contra los griegos según las nociones comunes ; A Simplicio sobre la fe. En el tratado contra los griegos Gregorio refuta al paganismo racionalmente, sin invocar los testimonios de la revelación.

Analiza los conceptos de hipóstasis, de esencia y de átomo (individuo). Concluye diciendo que Dios, creador de todas las cosas, es único, aun-que se lo considere en tres personas o hipóstasis: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El tratado Contra fatum [Contra la fatalidad] tiene forma epistolar y refiere al destinatario una polémica sostenida en Constantinopla con un filósofo pagano. Expone la doctrina fatalista y luego la refuta con los argumentos conocidos.

Exclusivamente dogmáticos son los tres tratados que pasamos a bosquejar. Oratio catechetica magna [Gran discurso catequístico] parece compuesto después del Concilio de Constantinopla (año 383). Se trata de una exposición completa, pero sintética, de la teología cristiana, por medio de la Escritura y de la razón, sobre la fe, la trinidad, la encarnación, la redención, el bautismo, la eucaristía y las postrimerías. La misma brevedad hace luminoso a este escrito, uno de los mejores de Gregario, un noble esfuerzo por conciliar la fe con la razón y también uno de sus escritos más claros para conocer el pensamiento completo de su autor, incluso sus errores origenistas acerca de la apocatástasis.

También se deslizaron los errores origenistas en el hermosísimo tratado que lleva por título Diálogo sobre el alma y la resurrección o simplemente Macrinia, por ser interlocutores el mismo Gregorio y su hermana Macrinia, próxima a morir. El autor hace el papel de diablo y Macrinia el de representante de la ortodoxia. Por lo tanto, las verdaderas ideas de Gregorio son las de su interlocutora. El libro fue escrito a la muerte de Macrinia, que tuvo lugar el año 380. De este escrito se ha dicho que, por la elevación del pensamiento y el ardor del sentimiento, son las páginas más bellas que la literatura cristiana ha producido en el siglo iv. Hay una versión castellana, con prólogo jugoso y notas aclaratorias, de que hacemos mención en la nota bibliográfica.

Con un exordio extenso y un estilo bastante sofístico hay un opúsculo Sobre los niños que mueren prematuramente, dedicado a Hierio, prefecto de Capadocia.

Obras ascéticas. Nos limitamos a consignar los títulos de las obras ascéticas del Niseno, generalmente breves, de importancia secundaria, si bien algunos de ellos gozaron de cierta popularidad en aquellos tiempos; Sobre la virginidad, compuesto hacia el 370; Vida de Santa Macrinia, escrita el año 380; Vida de san Gregorio Taumaturgo, de la que hemos hablado en su lugar; A Armenio sobre lo que exige el nombre y la profesión de cristiano; Al monje Olimpio sobre sobre la perfección; Sobre el propósito según Dios y sobre el ejercicio según la virtud; Contra los que llevan mal los castigos.

Además de las homilías a que nos hemos referido anteriormente, san Gregorio pronunció multitud de sermones, exhortaciones, panegíricos, oraciones fúnebres y de circunstancias, pues, además, de su garantía de ortodoxia, gozó de la reputación de ser uno de los primeros oradores de su tiempo, y por ese motivo lo eligieron para alabar a los miembros de la familia imperial. Gregorio poseía todos los secretos de la retórica artificiosa y estudiada, tan de moda por aquel tiempo. Supo explotar el mal gusto de sus contemporáneos para conseguir su fin apostólico y, en algunas ocasiones, quizás para dar satisfacción a su vanidad. Migne (Patr. Graec., xlvi) trae un número bastante grande de esos discursos, cuyos temas son variadísimos, los mismos de todos los oradores cristianos. Predica contra los que dilatan el bautismo hasta la hora de la muerte, contra la vida licenciosa, contra los usureros, contra el duelo excesivo con ocasión de la muerte de los parientes y amigos, contra los herejes. Ensalza la virtud, la castidad, el amor a los pobres y las obras de beneficencia. Predica temas relativos a las grandes festividades eclesiásticas y hace el panegírico de los santos y de los mártires. No faltaron algunas oraciones fúnebres con ocasión de la muerte de algunos miembros de la familia imperial: la de la princesa Pulqueria y la de la emperatriz Flacila.

Es exigua la de Gregorio comparada con la voluminosa de Basilio y del amigo Gregorio Nacianceno. Poseemos 28 epístolas, cuyo texto ha sido fijado maravillosamente por Pasquali. El contenido de ellas es muy variado: unas se refieren a asuntos eclesiásticos y otras, la mayoría, a asuntos personales. Es notable, entre las primeras, la epístola 2" a Censitor sobre las peregrinaciones a Palestina que, dice, acarrean más inconvenientes que ventajas. A pesar de ello, él mismo no dejó de visitar los santos lugares.

Con el calificativo de Teólogo es conocido el tercero de los tres gran-des capadocios, Gregorio Nacianceno, que nació en Arianzo hacia el año 328. Arianzo estaba situada cerca de Nacianzo y en aquella tenía propiedades su padre, llamado, como él, Gregorio. Éste pertenecía a la secta judeo-pagana de los hysistarianos, adoradores del Muy-Alto. Pero su madre Nenna era cristiana, perteneciente a una familia del Ponto, y consiguió la conversión de su marido al cristianismo. Y no so-lamente la conversión a secas, sino también tuvo la satisfacción de ver a su marido elevado a la categoría de obispo de Nacianzo. El matrimonio, como Abraham y Sara, tuvo tres hijos en edad avanzada: Gorgonia. Gregorio y Cesáreo, este último médico y muy aficionado a las ciencias. Gregorio hizo sus primeros estudios en Cesárea de Capadocia, donde conoció a san Basilio. Luego visitó Palestina, donde estudio retórica bajo la dirección de Tespesio y más tarde Alejandría, estableciéndose por

fin en Atenas. Aquí estudió elocuencia y estrechó su amistad con san Basilio, pero éste se retiró de la ciudad antes que su amigo, retenido por profesores y amigos para que desempeñase una cátedra de elocuencia. Gregorio cedió a la tentación y se quedó hasta el año 358. Fue entonces cuando regresó a Capadocia y se estableció con sus padres en Nacianzo que no volvió a abandonar, salvo cortas temporadas. Lo mismo que el amigo Basilio, puso cátedra de retórico, pero la inclinación le llevaba al ascetismo, o mejor dicho, sentía en su alma una lucha entre la vida activa y la vida contemplativa, lucha que él describe en uno de sus poemas y que fue tan duradera como su misma vida. Cuando de regreso de Atenas se estableció en Nacianzo, recibió el sacramento del bautismo y luego se retiró a las orillas del Iris junto al amigo Basilio y los dos, en colaboración, seleccionaron los escritos de Orígenes y compusieron la Filocalia y, además, escribieron unas reglas para la vida monástica. No aguantó allí Gregorio más de dos años; su padre necesitaba un coadjutor de absoluta confianza, pues los tiempos eran difíciles y la herejía acechaba. Gregorio aceptó con repugnancia y fue ordenado sacerdote el 25 de diciembre del año 361. Sabemos por la vida de Basilio que éste le nombró y consagró obispo de Sásima y que Gregorio no llegó a tomar posesión, a pesar de lo cual el nombramiento le produjo, años después, no pocos quebraderos de cabeza. Huyó a la soledad pero las súplicas de su padre le devolvieron a Nacianzo en el 372. Dos años después murió su padre y Gregorio fue designado para ocupar la vacante, pero en el año 375 se retiró por motivos de salud a Seleucia, en Isauria, y se consagró a la contemplación.

Pero allí fueron a buscarle los católicos de Constantinopla, reducidos a un grupo insignificante durante el reinado de Valente, cuando subió al trono el amparado Teodosio. Mas los arrianos le amargaron los días y, después de muchos incidentes, renunció definitivamente a la sede de Constantinopla el año 381, gobernó un poco de tiempo ersonName productid="la Iglesia" w:st="on">la IglesiaersonName> de Nacianzo y, después de elegir un obispo de su agrado para gobernar el obispado en la persona de Eulalio, se retiró a Arianzo donde se entregó a la piedad y a las tareas literarias. Allí murió alrededor del año 389. El Martirologio Romano celebra su fiesta el 9 de mayo y tanto el Occidente como el Oriente lo han honrado en todos los tiempos como uno de los más insignes representantes de la ortodoxia con el título de Teólogo.

San Gregorio Nacianceno era un alma delicada, impresionable, un tanto soñadora, a la que sublevaban y herían las miserias de la vida real. No había nacido para la acción, pero abandonaba su reposo cuantas veces la caridad lo exigía actuar. El bullicio de las ciudades lo aturdía y huía en procura de la soledad, donde estaba a sus anchas, no tanto por los bienes para el espíritu inherentes a la vida retirada, cuanto por-que en ella estudiaba y daba mano a la pluma. Orador de clara visión, de imaginación poderosa y poseedor de una formación acabada en las mejores escuelas de la época, arrastraba a las muchedumbres no tanto por la profundidad de las doctrinas que en sus discursos exponía sino por las galas oratorias con que sabía revestirlas y cautivar. Los con-temporáneos tenían placer en las formas amaneradas y efectistas que él sabía explotar a las mil maravillas. El bizantismo comenzaba ya a dar la cara. Como teólogo, nadie como él, ni siquiera Basilio, fue tan preciso en la exposición del dogma trinitaria y cristológico. Ninguno expresó con tanta precisión y claridad las relaciones entre las tres divinas personas y el carácter específico de cada una de ellas, sin temor "a inventar palabras para satisfacer la necesidad de la claridad". Con Basilio y Atanasio, primero, y con el Niseno, después, se constituyó en el paladín de la ortodoxia nicena contra los arrianos y los pneumatómacos, contra el sabelianismo primitivo y el neo-sabelianismo.

La obra literaria de Gregorio Nacianceno no es tan voluminosa como la de sus amigos Basilio y el Niseno. Sus escritos son más breves, de vivísimo interés y no desprovisto de importancia teológica. Los vamos a clasificar en tres grupos.

Discursos - Es la porción más importante y consta de 45 piezas quatrae Migne (Patr. Graec., toms. xxxv-xxxvil, más de la mitad pronunciados en Constantinopla, entre los años 379-381 Son dogmáticos los señalados con los números 27-31. En el 27 establece varios puntos preliminares. En el 28 trata de la existencia, naturaleza y atributos de Dios en la medida en que el entendimiento humano puede concebirlo y expresarlo la lengua del hombre. En el 29 se ocupa de la esencia y unidad de esencia en tres personas divinas, especialmente de la divinidad del Hijo; explica en el 30 algunos pasajes de la Escritura que alegan los arrianos contra ella y refuta en el 31 algunas objeciones contra la divinidad del Espíritu Santo. Como se ve, los cinco discursos constituyen un verdadero tratado teológico sobre la Trinidad que valieron a su autor el nombre de Teólogo.

En los sermones panegíricos, tanto en honor de personas vivas como de los difuntos, Gregorio es el introductor del género en la oratoria sagrada y utiliza las mismas leyes que los retóricos paganos utilizaron para los elogios, las oraciones fúnebres y las monodias; las ha bautizado, por así decirlo, inculcándoles ideas cristianas. Los pronunció en honor de su hermano Cesáreo, de san Basilio, de Gregorio el Viejo (su padre), de san Atanasio, de san Cipriano, etc.

El reverso del panegírico es la invectiva que cultivó asimismo Gregorio por dos veces contra el emperador Juliano. El apasionamiento con que están escritos les resta no poco valor para la historia, que debe ser imparcial.

Pronunció, además, sermones en las grandes fiestas cristianas de Navidad, Epifanía, Pascua de Pentescostés, de profundo fondo teológico, de instrucción religiosa y documentos valiosos de la historia del cristianismo.

Poesías - Gran admirador y cultivador de la poesía, como alma sumamente delicada, Gregorio leyó con fruición los mejores poetas, supo imitarlos y revestir con el ropaje poético la ex-presión de sus sentimientos. Debemos a Villemain el haber sabido saborear el encanto de la poesía de Gregorio y haber visto en ella un anticipo del lirismo moderno 8.

Los poemas pertenecen generalmente a los últimos años de su vida (383-389) y han sido agrupados por los benedictinos en dos libros: Poemas teológicos y Poemas históricos. Los primeros se subdividen en dogmáticos y morales; los segundos en Poemas personales (sobre sí mismo) y Poemas sobre otras personas. Los personales, como el lógico, son los más emotivos y sinceros. El poema xi de los personales es una verdadera autobiografía y, por lo tanto, un documento de valor inestimable para la historia. Consta de 1949 versos.

El Christus patiens, que se encuentra en Migne 9 es una obra bizantina del siglo xi ó del xn.

Cartas - La colección de cartas del Nacianceno-consta de 244 piezas, a las que hay que agregar una a Basilio recientemente descubierta, y eliminar las señaladas con los números 41-43 y la 243 (a Evagrio) de dudosa autenticidad. Aunque las cartas de Gregorio no poseen mucho valor histórico, son muy estimables bajo el punto de vista literario. Como Gregorio conocía las reglas de todos los géneros literarios, y no ignoraba que sus cartas estaban destinadas a la publicidad (él mismo publicó en vida una colección de ellas a petición de su sobrino Nicóbulo), las pulió y limó. Para ello tenía tiempo sobrado, pues la mayoría fueron escritas durante el retiro último de su vida en Arianzo. Las cartas 101, 102 y 202 tienen el valor de documentos preciosos contra el apolinarismo.

No puede negarse autenticidad al Testamento de Gregorio, redactado en Constantinopla antes de renunciar a aquel obispado el 31 de mayo del 381. En él deja toda su fortuna a la Iglesia de Nacianzo para el cuidado de los pobres que son de la jurisdicción de dicha Iglesia. Hacía algunos legados a antiguos esclavos y a parientes. El original se conservó en los archivos de la iglesia de Nacianzo y una copia de él ha llegado a nosotros debidamente certificada.